

así como la necesidad en que se han visto de darse jefes que fijasen sus derechos y sus pretensiones. Si, contentándose con lo suyo, hubieran podido abstenerse de los bienes ajenos, hubieran disfrutado para siempre de paz y libertad. Hé aquí una frase atrevida que no hubiera agradado á Luis XIV si hubiese comprendido su transcendencia. Los reyes son los representantes de la fuerza que reina en el mundo; no son necesarios sino porque los hombres se devorarian mutuamente si quedasen abandonados á sus malas pasiones. Pero este estado de violencia, ¿no es transitorio? En tiempos de Labruyere, ¿no experimentaban los pueblos la necesidad del derecho, de la justicia? Y si quieren sustituir la fuerza con la justicia, ¿qué va á ser de la monarquía? Una cosa superflua, mejor dicho, un obstáculo: órgano de la fuerza, perpetúa la dominación de ésta. Es preciso, pues, que perezca ó que se transforme. Los contemporáneos de Luis XIV no pensaban en una revolución; pero consignaban su necesidad sin pensarlo y la preparaban sin quererlo.

La monarquía busca su gloria en las armas. Labruyere no ataca la monarquía, pero ridiculiza las guerras de los reyes: ¿no es esto desconsiderar á los reyes mismos? Dejamos la palabra al moralista francés: "Si se os dijera que todos los gatos de un gran país se han reunido á millares en una llanura, y que después de haber mayado á su sabor se han arrojado con furor unos contra otros, devorándose con uñas y dientes; que de esta pelea han quedado por ambas partes tendidos de nueve á diez mil gatos; que con su corrupción han infestado el aire diez leguas á la redonda, ¿no diríais que aquello era el aquellarre más abominable de que se había oído hablar en la vida?", Labruyere continúa en este tono, y llega á la conclusión de que los hombres son tan ridiculos con sus guerras incesantes como lo serian los animales si pasasen su vida en matarse recíprocamente: "Supongamos un hombre de la estatura del monte Athos. Si tenía una vista bastante sutil para distinguirs sobre la tierra con vuestras armas ofensivas y defensivas, ¿qué creéis que pensaría de unos muñecos equipados de esta manera, y de lo que llamáis guerra, caballería, infantería, un sitio memorable, una jornada famosa?", (1)

(1) «No oiré hablar de otra cosa entre vosotros! ¿No se divide el mundo más que en regimientos y en compañías? ¿Todo se

El ridiculo es una arma terrible en un pueblo que estima ante todo el ingenio. Con este formidable instrumento demolió Voltaire el cristianismo en el siglo XVIII. Bajo este punto de vista debe apreciarse la crítica que los literatos hacen de la guerra. En el fondo no prueba gran cosa. ¿Qué prueba contra la guerra la pequeñez del hombre y la vanidad en todas sus empresas? Pascal, que tanto se ha complacido en despreciarle, destruye con una sola palabra todo lo que se ha dicho para rebajarlo: si el hombre no es más que una débil caña, es una caña que piensa. El pensamiento da grandeza á todo lo que hace, bueno ó malo. Esto es lo que se puede responder á Labruyere. Pero sus ataques, así como los de Boileau y los de Pascal, no dejaron por eso de tener una gran acogida. ¿Cómo tomar en serio la gloria de los héroes, cuando se los representa bajo la forma de gatos que mayan y que se arañan? En una nación tan aficionada á las agudezas eran necesarias esas sátiras para combatir la manía de la guerra. En tiempo de Labruyere, esa pasión estaba todavía en toda su fuerza. Hasta el pacífico pueblo "manifestaba impaciencia, dice nuestro moralista, cuando no chocaban los ejércitos en campaña, ó si chocaban, cuando el combate no era sangriento y no quedaban por lo menos diez mil hombres en el campo de batalla.»

Luis XIV curó por algún tiempo á la Francia de esta locura. A fuerza de victorias, la Francia se extenuó y se encontró al borde del abismo. Los Franceses pudieron entonces apreciar la verdad de estas palabras de Labruyere: "De qué sirve al bien de los pueblos y á la felicidad de su vida que el príncipe lleve los límites de su imperio más allá de las tierras de sus enemigos, que convierta sus soberanías en provincias de su reino, que las naciones se llamen unas á otras, se coliguen para defenderse y contenerle, que se unan en vano y que él continúe su marcha triunfal?", La crítica iba directamente á Luis XIV, y es admirable por su buen sentido y por su valor. Hoy sabemos para qué han servido aquellas conquistas. Ya cuando Labruyere escribía reinaba la miseria en aquella Francia tan envanecida con su gran rey. No se

ha convertido en batallón ó escuadrón? Ha tomado una ciudad, ha tomado otra, después una tercera; ha ganado una batalla, dos batallas; arroja al enemigo, vence por tierra, vence por mar. ¿Hablaís de alguno de vosotros, de algún gigante, de algún Athos»

puede leer sin profunda compasión el cuadro que traza el moralista de la población de los campos: "Se ven ciertos animales feroces, machos y hembras, diseminados por la campiña, negros, lívidos, pegados á la tierra que escarban y la remueven con invencible tenacidad; tienen como una voz articulada, y cuando se levantan sobre los pies, presentan un rostro humano; y en efecto, son hombres; se retiran por la noche á sus chozas, donde viven de pan negro, de agua y de raíces; evitan á los demás el trabajo de sembrar, de trabajar y de hacer la recolección para vivir, y en recompensa no comen del pan que han sembrado. La compasión se convierte en cólera cuando se piensa que este embrutecimiento de las criaturas de Dios es debido á la ambición egoísta de un hombre y á su estúpido despotismo. Se comprende que aquellos desgraciados se hayan levantado un siglo más tarde clamando: ¡venganza! ¡venganza!

§ III.—La religión.

N.º 1.—Bossuet.

Nunca la literatura religiosa fué más brillante que en tiempo de Luis XIV. ¿Cuáles fueron sus sentimientos y sus ideas respecto á las guerras incesantes del gran rey? Hay dos tendencias en el cristianismo: una que es la continuación de la ley antigua, otra que procede del Evangelio. La primera ve en la religión revelada una ley formulada en textos é inmutable como la letra escrita. La otra se inspira en la caridad de Cristo más bien que en una Escritura; comprende la religión como una palabra viva, y quien dice vida, dice movimiento y progreso. Bossuet es el representante de la Biblia. Fenelón es el órgano del Evangelio. En este sentido puede decirse que el obispo de Meaux es más católico que el arzobispo de Cambrai, aun cuando el uno sea galicano y el otro ultramontano. Bossuet nos dirá la última palabra del catolicismo sobre el derecho de guerra. Fenelón nos enseñará lo que podemos esperar de la inspiración evangélica.

Cristianos muy sinceros, espíritus eminentes han negado la legitimidad de la guerra. Bossuet ni aun menciona esta opinión, y mucho menos piensa en discutirla. Encuentra su justificación en la ley de Moisés. ¿Cómo puede sostenerse que la guerra es ilegítima, cuando se ve á Dios mismo

que ordena á los Judíos la guerra llamada sagrada? (1). "Una guerra á muerte, á fuego y á sangre, irreconciliable, ordenada al pueblo de Dios. Hé aquí por qué Saul fué castigado sin misericordia, por haber perdonado á uno de los pueblos malditos por Dios." (2). Bossuet no pregunta si Dios puede en algún caso prohibir la piedad, ordenar el exterminio, castigar la misericordia hacia los vencidos, como si fuera el mayor de los crímenes. Esto está escrito, luego es así; la razón tiene que callarse, así como el corazón. ¿Les falta razón á los protestantes para decir que la religión romana tiene algo del paganismo romano? Los feciales razonaban poco más ó menos como Bossuet.

Dios no ordena ya guerras de exterminio, y es una fortuna, porque siempre hay fanáticos que recibirían con gusto semejante orden. ¿Qué debe decirse de las guerras que Dios no ordena? Bossuet responde: "Hay otros justos motivos para hacer la guerra, los actos de hostilidad injustos, la negativa del pasaje pedido á condiciones razonables, el derecho de gentes violado en la persona de los embajadores." Esta proposición viene apoyada en testimonios sacados de la Escritura. Pero hay también una Escritura que impone como ley á los cristianos devolver el bien por el mal, y que hasta les prohíbe pedir justicia contra el agresor ó el expoliador. ¿Cómo concilia Bossuet la moral evangélica con la política judía? Jesucristo dice que al que nos da un bofetón en la mejilla izquierda se le debe presentar la derecha; quiere que al que nos quite la capa le demos también la túnica; y en vista de estos mandamientos, emanados del Hijo de Dios, se declara legítima la muerte, la destrucción de un pueblo, porque nos ha negado el paso! Decididamente los católicos hacen mal en adorar á Jesucristo. Su Dios no es Cristo, sino el Dios de los Judíos, el que se llama el Dios de los ejércitos, el que dictó á Bossuet estas palabras que Jesucristo vería con admiración en boca de sus discípulos: *La guerra no es solamente legítima, sino también piadosa y santa* (3). Nosotros no conocemos más que una guerra *piadosa y santa*, la que hace un pueblo por su independencia y su libertad, y dudamos

(1) Leemos en la *Sagrada Escritura*: «Destruiréis en vuestro camino á varias naciones. Dios las ha puesto en vuestras manos, á fin de que las exterminéis de la faz de la tierra. no celebraréis jamás con ellas tratado alguno, ni las tendréis nunca piedad.»

(2) *Política sacada de la Escritura*, lib. ix, art. 1.

(3) *Política sacada de la Escritura*, lib. ix, art. 4.

mucho que ésta hubiese merecido la aprobación de Bossuet.

Si la guerra es piadosa y santa, porque la consagra la Biblia, la conquista debe también ser legítima. No es posible negarlo, dice *Bossuet*, sin atacar los libros sagrados, y censura al ministro Jurieu porque desprecia el derecho de conquista, hasta decir que toda conquista es una violencia. ¿En qué funda Bossuet su pretendido derecho? En el poder que da la guerra al vencedor, poder absoluto, tal como se practicaba entre los antiguos: "Si el derecho de servidumbre es verdadero, porque es el derecho del vencedor sobre el vencido, como todo un pueblo puede ser vencido, hasta verse obligado de rendirse á discreción, todo un pueblo puede ser siervo; de modo que su señor puede disponer de él como de su hacienda." Después vienen los testimonios de la Biblia. Condenar el derecho de conquista sería condenar á todos los héroes del pueblo de Dios, empezando por Jacob, que da á José todo lo que ha conquistado con su arco y con su espada. Bossuet considera esta opinión como una *extravagancia*.

Si doctrinas extravagantes hay, ninguna como la que santifica todas las barbaries de un pequeño pueblo de la Palestina, porque aquellas barbaries están consignadas en un libro que se llama sagrado. ¡La iniquidad de las iniquidades, la esclavitud es legítima, ¿qué digo? es *piadosa y santa*, lo mismo que la guerra, porque la nación judaica reducía á servidumbre á los vencidos! Después, aquel crimen del mundo antiguo se convierte en el fundamento de un derecho, el de la conquista! La conquista basada en la esclavitud no tiene nada que choque á la elevada razón de Bossuet; tiene en su favor la autoridad de la Biblia, por lo cual no quiere que los que creen en la revelación puedan rechazar el derecho de conquista (1). Sin embargo, Bossuet mismo retrocede ante las consecuencias de una doctrina que tiende á legitimar todos los abusos de la fuerza. En la *Política sacada de la Escritura*, confiesa que el derecho de conquista comienza por la fuerza; pero exige que vaya seguido de un consentimiento del pueblo conquistado, de manera, dice, que este derecho se reduce, por decirlo así, al derecho común y natural (2).

(1) Quinta advertencia sobre las cartas de Jurieu, t. XI, p. 155.
(2) Política, lib. II, art. 2.

Apúrese este razonamiento y se llegará á la negación del derecho de conquista. Si existe ese derecho, no tiene más origen que el poder absoluto del vencedor; pedir el consentimiento del pueblo conquistado, es suponer que el vencedor no tiene ese poder absoluto; por consiguiente, no hay derecho de conquista, así como no hay esclavitud legítima. ¿Se dirá, tal vez, que la esclavitud puede ser justa por el consentimiento del esclavo? ¡Esto si que podría llamarse *extravagancia*!

La Biblia, que sirve á Bossuet para autorizar la esclavitud y la conquista, presenta también otras enseñanzas. Si, en lugar de fijarse en los hechos, el ilustre escritor hubiera meditado los profetas, habría encontrado en ellos muy distintas apreciaciones (1). Bossuet desatiende la parte ideal de la tradición judía para atenerse á la historia. Aun en este terreno, hay en la Escritura máximas que hacen singular contraste con la doctrina que acabamos de exponer. Dios no quiere que David le construya un templo, "porque ha derramado mucha sangre y ha emprendido muchas guerras." Oigamos el comentario de Bossuet: "Dios no quiere recibir el templo de una mano sangrienta. David era un santo rey y modelo de los príncipes. Nunca había derramado más que sangre de infieles en las guerras que se llamaban guerras del Señor. Pero basta conque fuese sangre humana para que apareciera como indigno de presentar un templo al Señor, autor y protector de la vida humana. Dios escogió á Salomón para construir el templo. El título que le da es el de pacífico." ¿Cuál es la consecuencia? "Dios, á pesar de todo, no gusta de la guerra, y prefiere los pacíficos á los guerreros." Bossuet hubiera debido decir que Dios reprueba la guerra al rechazar el ofrecimiento de David, el rey de su corazón, por el mero hecho de haber derramado sangre humana. Pero si Dios reprueba la guerra, ¿cómo puede ésta ser *piadosa y santa*?

Bossuet tiene una respuesta para nuestra pregunta, calcada en el orden de las ideas de la ley

(1) Los profetas estiman poco á los conquistadores. Entre otras mil pruebas citaremos una que Bossuet mismo refiere. Habla Isaías: "¿Cómo habéis caído, astro hermoso que brillabais en el cielo, como la estrella de la mañana? Aterrabais á las naciones y decíais en vuestro corazón: volaré sobre las nubes y seré semejante al Altísimo. Pero ahora os veo sumido en los infiernos; los que os verán, se inclinarán para contemplaros en aquel antro, y dirán al miraros: ¿Es ese aquel que perturbaba la tierra, que ha conmovido los reinos, que ha hecho del mundo un desierto, que ha aislado las ciudades y encerrado en calabozos á sus cautivos?"

antigua: "Considérense, dice en su magnífico lenguaje, los Césares y Alejandros y todos esos devastadores de provincias que llamamos conquistadores: Dios en su furor nos los envía á la tierra. Esos bravos, esos triunfadores, no vienen á este mundo más que á turbar su paz con su ambición desmesurada" (1). ¿Qué Dios es ése que envía á los conquistadores para arruinar á las naciones y desolar al mundo? Es el Dios vengador de la Biblia: "Cuando dos grandes pueblos se hacen la guerra, seguramente que Dios quiere vengarse de uno de ellos y á veces de ambos. Dios castiga á los unos por medio de los otros, y castiga ordinariamente á aquellos por medio de los cuales castiga á los otros" (2).

Así es que los hombres son á la vez verdugos y víctimas recíprocamente. ¿Es este el Dios del Evangelio? Si oponemos el Evangelio á la Biblia, no es porque la perfección evangélica sea nuestro ideal. En el exceso de su espiritualismo, Jesucristo olvida el derecho para absorberlo todo en la caridad. La abnegación que predica es inconciliable con las condiciones de la vida. Lógicamente conduciría á abdicar el deber de la conservación. Como es imposible que todos los hombres estén animados de esta caridad sobrehumana, ¿qué resultado daría el sacrificio de la personalidad que el Cristo recomienda á sus discípulos? Someter los débiles á los abusos de la fuerza. El catolicismo no podía aceptar semejante moral ni semejante política. Esta es la razón profunda por la que la Iglesia se inclinó á la ley antigua. Hay un elemento legítimo en este retroceso á una ley que estaba hecha para dirigir la vida de este mundo. Pero atendiendo demasiado á la realidad, la Iglesia perdió de vista al ideal. Llegó hasta erigir en teoría, hasta santificar los más groseros excesos de la violencia, porque estaban consignados en una escritura considerada como sagrada. Esa es la falta que censuramos en Bossuet.

Pero por más que los hombres se atengan á un texto y le veneren como expresión inmutable de la verdad, se ven arrastrados á su pesar por la ley del progreso que domina todo lo que tiene vida. Hay en Bossuet, por muy católico, por muy judío, digámoslo así, que sea, sentimientos que son del si-

(1) BOSSUET, Sermón de la Circuncisión de Nuestro Señor (tomo V, p. 258).

(2) BOSSUET, Sermón (t. VI, p. 832).

glo XVIII más que de la ley antigua. Hemos señalado la contradicción entre su teoría de la conquista y la verdadera teoría de la fuerza, que es la de la antigüedad. Se le ha censurado no haber hecho oír la voz de la verdad á Luis XIV. En la *Política sacada de la Escritura* encontramos el retrato de un conquistador injusto, que parece hecho del natural, según la semejanza que ofrece con el modelo que Bossuet tenía á la vista: "En cuanto ha subyugado á un enemigo poderoso, ya cree que todo es suyo. No habla de atacar, cree tener un derecho legítimo sobre todos. Como es el más fuerte, no se considera como agresor, y llama defensa el proyecto de invadir las tierras de los pueblos libres. Como si fuese rebelión conservar su libertad contra su ambición, no habla más que de venganza, y las guerras que emprende no le parecen más que justo castigo de los rebeldes." Este orgullo insultante era precisamente el de Luis XIV, que, cuando llamaba rebeldes á los Holandeses, hacia precisamente lo que Bossuet dice de su conquistador injusto. Hé aquí, pues, al gran rey condenado por aquel mismo que era idólatra de la monarquía. El buen juicio del genio triunfaba de las creencias del obispo.

N.º 2.—Fenelón.

Después de la muerte de Luis XIV se imprimió el *Telémaco* á expensas del Estado. ¿Por qué se concedió á un libro tan extraordinario honor? Porque se creía que de él iba á nacer la felicidad del género humano; M. de Caylus escribía que se esperaba de él la edad de oro. Si se hubiera de confiar en los testimonios de la posteridad, se creería que Fenelón fué el revelador de un nuevo evangelio político. Montesquieu llama al *Telémaco* el libro divino del siglo. *Vauvernaques* hace del arzobispo de Cambray el órgano y el defensor de las naciones oprimidas. Los hombres de todos los partidos, de todas las escuelas, rivalizan en elogios. Se comprende que *Ballanche*, alma poética y contemplativa, haya tomado la defensa de Fenelón contra Luis XIV: "Es el profeta del porvenir," dice. El conde de *Maistre* no es de la familia de los *Ballanche*; sin embargo, su admiración por el autor del *Telémaco* es igualmente grande, íbamos á decir excesiva: "¿Se quiere figurar la grandeza ideal? Pues trátese de imaginar algo superior á Fenelón, y no